



La creación es la clave para salir del castillo

Por Saúl Ordoñez

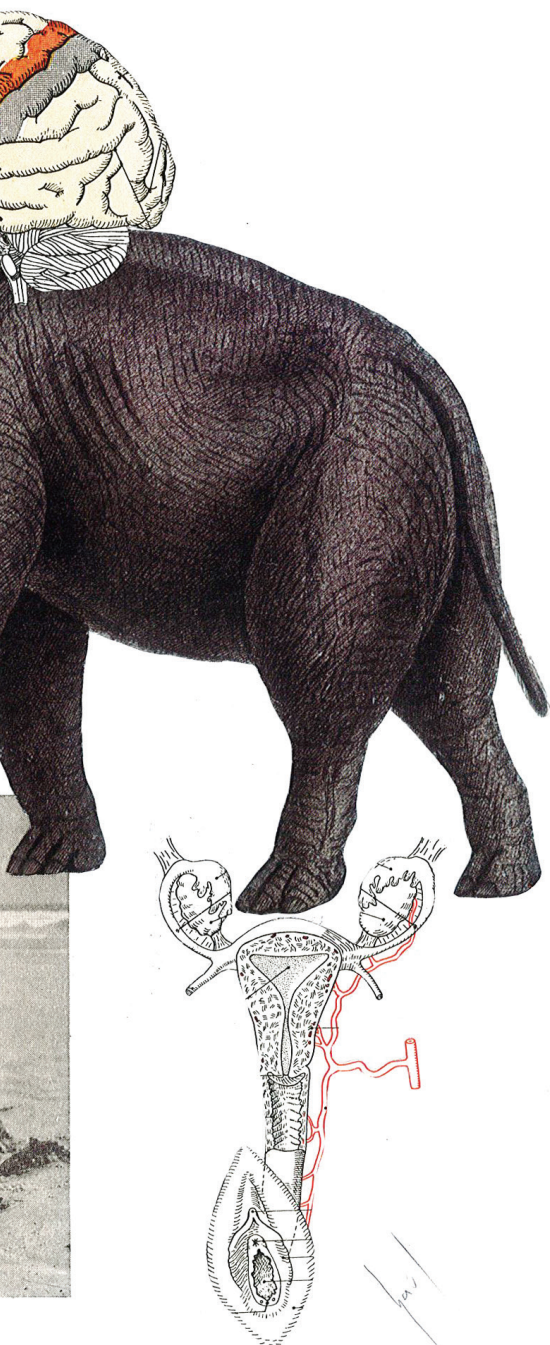
Desconfío de la lírica. El fin de la poesía no es la expresión ni la comunicación —aunque exprese y comunique—, sino, parafraseando a Antonio Gamoneda, la creación de objetos artísticos cuya materia es el lenguaje. El lector no precisa identificarse con lo dicho por el poema para relacionarse con él en una experiencia estética y/o cognitiva. Nada hay más común, corriente, y vulgar que la vida interior, que nos es impropia. No somos individuos discretos, sino una sola entidad colectiva. Los seres humanos estamos presos en el dispositivo del lenguaje que nos produce como sujetos. Los artistas no poseemos una sensibilidad especial ni tenemos vidas extraordinarias, tan solo, por necesidad que tiene mucho de patología, practicamos la atención y somos técnicos del lenguaje.

Desde que empecé a escribir poesía, he tratado de escapar de la lírica utilizando recursos como la intertextualidad. Sin embargo, no escribo lo que quiero, sino lo que me es necesario, lo que debo. Así, me fue necesaria e impuesta la composición de este poemario confesional titulado *El castillo de la impureza*. Pero, si es literatura, poesía, dicha naturaleza no radica en lo dicho, sino en el empleo del lenguaje. El uso enrarecido del lenguaje es una decisión consciente, ética y política, que busca extrañar al lector, recordarle constantemente que está frente a un objeto lingüístico y ficcional. Si se quiere criticar un dispositivo, primero hay que cuestionar su uso del lenguaje. El lenguaje nunca es inocente.

Finalmente, *El castillo de la impureza* pertenece a un proyecto mayor y multidisciplinario sobre el mismo tema: las relaciones familiares, la violencia y el amor en ellas, que incluye el libro de artista *Flores en el páramo*, la serie de collages *Tratado práctico de la hýbris*, los performances *Cuidados paliativos* y *Troje*, y algunas piezas de arte objeto. Mi necesidad ahora es crear objetos de arte en las disciplinas que conozco, sobre los temas que me obsesionan, con el estilo que he desarrollado y que les da un aire de familia.



Collage: Saúl Ordoñez



Las madres no existen. Son arañas monstruosas que nos mantienen presos en sus oxidados vientres.



Toda mi vida, escuché que mi madre se casó con mi padre, por mí; que perdió la salud, por mí; que trabajó cuarenta y tres años, por mí...

Esa deuda impagable me obliga a dar la vida, a morir.

No la acepto. Madre, no me matarás. Yo vivo y viviré.



Madre, agradezco todo lo que hiciste por mí, pero no puedes hacerme sentir culpable, no acepto la culpa, no soy culpable, porque fueron tus decisiones.

Pero, el que no sea culpable, no te hace culpable. Anulo la culpa. Aquí no hay víctimas. No más.

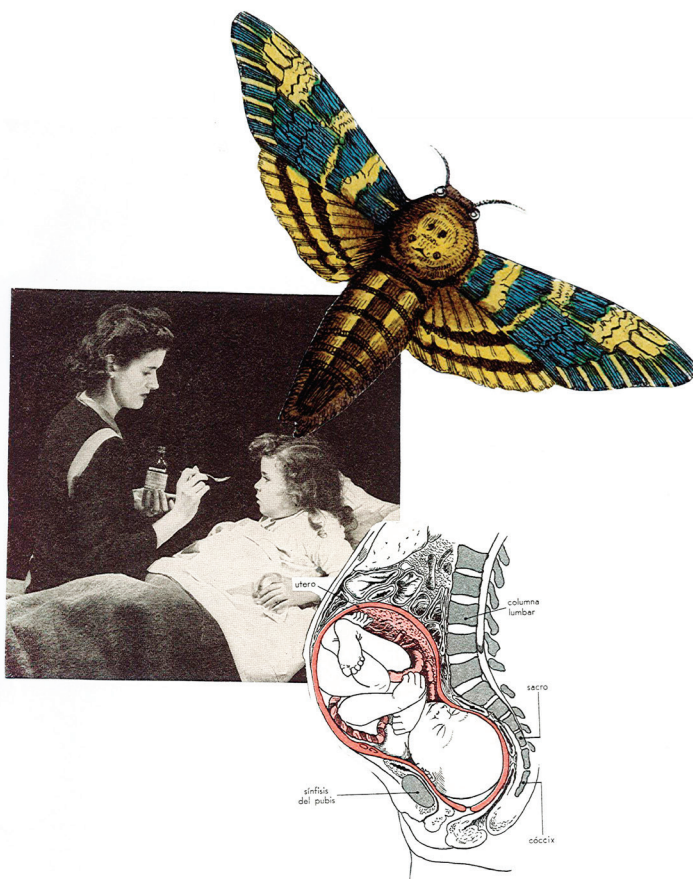


Mamá Carmen era una enferma mental —pero no se dice. Agorafobia. Tan grave que las vecinas suponían que Papa Eve era solo y le ofrecían mesa y cama.

Las hijas mayores, María del Carmen y Sara, fueron madres para los menores. No podía sino acabar mal.

Y el pavor a la gente. Y la acumulación. Y esconder la comida, pan, galletas, el cuerpo de Cristo, como si la guerra, la Revolución pudiera estallar nueva, repentinamente. Y la ansiedad. Y esos tics, esas pequeñas manías, excentricidades.

Mamá Carmen era una enferma mental —pero no se dice. Era una enferma mental, como yo —que lo asumo y lo digo.



Pero, no siempre fue así. En tiempos, este castillo no era tumba, sino hogar.

En los bidones de miel venía el sol del Verano —la piel tatemada. El olor a sudor infantil y pasto verde.

También, el olor de la leche bronca hirviendo, derramada sobre la hornilla, quemada. Leche de nata espesísima, gruesa, amarillenta, con que hacíamos pan y mantequilla.

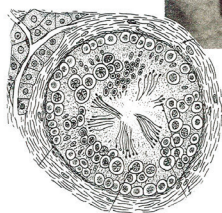
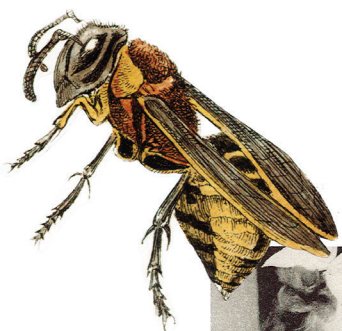
El olor del nixtamal y el de las tortillas al inflarse, el de los huacales y costales de fruta, el del pescado fresco. Un universo de olores. Los olores de la vida.

Y el sol, el sol que se derramaba por la casa toda, limpiándola, entibiándola, y jugaba con nosotros niños en el corredor, bajo la mirada de Dios Niño de las palomitas.



Miento. Siempre fue así. Muchos años después de que murió Mamá Carmen, encontramos galletas, panes ocultos entre trapos detrás de su cabecera. Como si la Revolución, la guerra pudiera venir sobre nosotros como un ladrón en la noche. Como para la Gran Tribulación.

El germen de la muerte, siempre gestándose en la vida, parasitándola. El germen de lo que vino después.¹



¹ Selección poética de *El castillo de la impureza*, Escripulos, México, 2022.



Saúl Ordoñez es maestro en Humanidades por la UAEMéx. Ha publicado once poemarios. Obtuvo el Premio Nacional de Poesía Joven "Eliás Nandino" 2011 por *Jeffrey* y el Premio Internacional de Poesía "Jaime Sabines" 2018 por *viacrucis*. Actualmente trabaja en la revista *Universitaria* de la UAEMéx.

